

MISCELANEA

DÍA DE LA HUMANIDAD

Por J. L. SALCEDO-BASTARDO*

A las puertas del siglo XXI, y a la luz del avance de las Ciencias Sociales, resulta ya francamente desaconsejable por obsoleto el uso de la expresión “Día de la Raza” para designar la fecha del gran suceso colombiano que fue la llegada de Europa a nuestro hemisferio.

En cuanto concernía a Cristóbal Colón era el término de una experiencia afortunada; salido del Puerto de Palos el 3 de agosto, remataba el 12 de octubre de aquel 1492 su sorprendente y primera incursión a lo desconocido. Para todos los pueblos del orbe, sin embargo, la ocurrencia entrañaba mucho más que el final feliz de una especial aventura. Era la posibilidad concreta de la integración de la familia del hombre sobre la tierra entera: en síntesis, el Día de la Humanidad. Se había vivido hasta entonces en la separación y en la ignorancia sobre el exacto alcance de la especie humana. A partir de su creación, o del inicio de aquella como final de un proceso evolutivo, desde el Asia había ocurrido la dispersión conducente al establecimiento de sus ramas en las distintas áreas, zonas o latitudes de la caracterización, donde oportunamente fueron surgiendo las variedades conocidas como “Razas”. Después, incluso dentro del enorme ámbito euroasiático, hubo cruces y combinaciones de distintas cuantías que hasta involucraron al Africa cercano. Pero la humanidad seguía incompleta. El gran evento del 12 de octubre tiene como directa y capital consecuencia que deja abierta la posibilidad de una integración práctica, material y efectiva. Cualquiera sea la hipótesis que se admita sobre el principio del hombre americano —autoctonía, origen asiático o melanesio (recordar la Kon-tiki)— la proeza de Colón asegura la presencia de nuestro medio mundo en el proceso de mestizaje que se venía cumpliendo en el resto del universo conocido.

Hasta 1492 era bien posible que las colectividades de Asia, Europa y Africa —por cierto todas ellas presentes en una como simbólica convergencia en la gente de España— se mezclaran; para la conjunción total faltaba, a la sazón, el ingrediente americano que a contar de este suceso entra a la composición de la familia humana. Con noble tino, “Raza Cósmica” dirá el ilustre mexicano Vasconcelos en el siglo XX. Será Bolívar sin embargo el más afortunado en el análisis y planteamiento de nuestro caso: “Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos... La mayor parte del indígena se ha aniquilado, y

* Individuo de número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón letra “F”.

el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo... Nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado...”, para llegar a la conclusión bella, correcta y elocuente: “Nosotros somos un pequeño género humano”.

Es hora de corregir la generalización imprecisa: no Día de la Raza, sí Día de la Humanidad.

El concepto de raza es un concepto alusivo de parcialidad, contrario a magnitud integral que es justamente lo que nos motiva en la ocasión como epopeya del quehacer humano, uno y múltiple, total.

Por demás, claro y siempre sangrante en la sensible memoria de todos los pueblos, es el triste y vergonzoso capítulo —por desgracia aún vivo, repetido con terca insistencia— de las exclusiones, antagonismos, crímenes y odios, nutrido por el abominable racismo en todas sus versiones desde el capricho y la irracional y simple pretendida superioridad, arianismo, antisemitismo, segregación, hasta el sofisticado y brutal apartheid... Olvidándose la verdad capital: la unidad de la especie, verdad esencial certificada por la absoluta regla biológica de la interfecundación —cualquier hombre puede fecundar a cualquiera mujer—.

El mestizaje es para América Latina nuestra razón de ser, y para la comunidad humana en plenitud la razón posible de una fusión que no solamente deriva gracia y belleza físicas en las individualidades nacidas del cruce cabal, sino la amplitud espiritual de la paz, la convivencia y el desarrollo.

El logro ético de la triunfal osadía de Colón, coronada hace cinco centurias, es su legado más brillante y promisorio.

(En Suplemento “Educación para todos” de *El Universal*, Caracas, 11 de octubre de 1991, p. 4).

“AYACUCHO”

Por MIGUEL A. MARTÍNEZ G.*

En el campo de Ayacucho, rincón de muertos en lengua quechua, se protagoniza el 9 de diciembre de 1824, en lo más elevado de los Andes del Perú, a una altura de 3.400 metros, el último y decisivo episodio de la guerra de la Independencia de América del Sur. Sobre este mismo terreno, 600 años atrás, los ejércitos del Inca Viracocha, obtuvieron una sangrienta victoria contra los indios Poccras, la que consolidó el imperio de los Incas. Es la única porción plana, tal vez en un radio de 125 kilómetros, el escenario de la batalla más gloriosa del

* Departamento de Investigaciones de la Academia Nacional de la Historia.